El Grito de Guerra
Contra todo mal
Agosto 2026

¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA?



El Grito de Guerra

Año 98 - N° 1571

Órgano Oficial del Ejército de Salvación

Fundadores

William y Catherine Booth

General

Lyndon Buckingham

Líderes Territoriales

Coroneles Luz y Alex Nesterenko

Secretario en Jefe

Tte. Coronel Pedro Sánchez

Territorio Oeste de Sudamérica

Chile, Perú, Bolivia y Ecuador.

Correo electrónico

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org

Sitio Web

www.salvacionistas.org

ÍNDICE

01 PORTADA

02 CÓDIGO QR

02 DATOS INFORMATIVOS

04 EDITORIAL

06 CUANDO LO TIENES TODO Y TE FALTA ALGO

10 EL CANSANCIO NO NOS DESCALIFICA



13 ¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA? LA FE COMO BRÚJULA

16 EL MAPA SECRETO QUE DIOS TRAZÓ PARA MÍ

18 ¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA? TU HISTORIA AÚN NO TERMINA

20 CIERRE DE PORTADA

El Ejército de Salvación, un movimiento internacional, es una parte evangélica de la Iglesia Cristiana universal.

Su mensaje está basado en la Biblia.

Su ministerio está motivado por su amor a Dios.

Su misión es predicar el Evangelio del Señor Jesucristo y suplir las necesidades humanas en Su nombre, sin ningún tipo de discriminación.

Participa con nosotros enviando tus peticiones de oración, sugerencias o comentarios al correo:

saw.jefatura@saw.salvationarmy.org



¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA?

EDITOR

SABRINA PAREDES
MAYORA
Secretaria Territorial de Comunicaciones
RR. PP. y Emergencia

Hay preguntas que no nacen de la curiosidad, sino del cansancio del alma. “¿Qué sentido tiene mi vida?” aparece cuando los planes no resultan, cuando una pérdida desordena nuestras certezas, cuando el éxito no consigue llenar el corazón o cuando seguimos avanzando sin comprender hacia dónde vamos. No es una pregunta propia de personas débiles o carentes de fe. Es una pregunta profundamente humana y, muchas veces, el comienzo de una búsqueda espiritual sincera.

En las páginas de esta edición encontramos distintas experiencias, pero una misma necesidad: descubrir que la vida no se sostiene únicamente en aquello que alcanzamos, sino en Dios, quien nos llama, nos acompaña y concede dirección a nuestra historia.

Una de estas voces nos recuerda que el propósito puede hacerse visible en el servicio: cuidar, aliviar, acompañar, perdonar y poner nuestros conocimientos al servicio del prójimo. Allí, en los gestos que quizá nadie reconoce, la existencia deja de girar solamente alrededor de nosotros y comienza a convertirse en una respuesta agradecida al amor de Dios. El propósito no siempre se manifiesta mediante grandes acontecimientos; a veces se revela al tender una mano, permanecer junto al que sufre o decidir que una herida no tendrá la última palabra.

Otra experiencia nos invita a reconocer que nuestra historia no está formada por piezas sueltas. Incluso aquello que en su momento pareció confuso, doloroso o inútil puede adquirir un nuevo significado bajo la providencia divina. Dios no desperdicia nuestra historia. En sus manos, los errores pueden producir humildad; las pérdidas, compasión; las esperas, madurez; y las capacidades aparentemente ordinarias pueden convertirse en instrumentos para bendecir a otros. La fe no responde todas nuestras preguntas de inmediato, pero nos permite confiar en que el Autor conoce el mapa completo cuando nosotros apenas distinguimos una pequeña parte.

También se nos recuerda que la fe funciona como una



ALLÍ COMIENZA LA RESPUESTA:

Nuestra vida encuentra
su verdadero sentido en Cristo,
por Cristo y para Cristo.

brújula. No consiste en negar la realidad, ignorar el temor o fingir que las dificultades no existen. La fe es confiar en Dios mientras la realidad todavía no se resuelve. La vida cristiana no siempre avanza mediante certezas visibles; muchas veces, el camino se aclara mientras obedecemos. Sin embargo, esa confianza no nace de repetir frases religiosas, sino de una relación cultivada en la oración, la Palabra, la comunión y la obediencia cotidiana.

Esta edición también habla al corazón cansado. El agotamiento no nos descalifica ni demuestra necesariamente que hemos perdido la fe. Jesús mismo conoció el cansancio. La Escritura revela a un Dios que no humilla al abatido, sino que lo alimenta, le permite descansar y restaura sus fuerzas. Hay momentos en los que una de las decisiones más espirituales que podemos tomar es reconocer nuestros límites, pedir ayuda, cuidar el cuerpo y volver a Cristo. No fuimos creados para sostener solos el peso de todo.

Finalmente, aparece una verdad incómoda, pero liberadora: podemos tener muchas cosas y, aun así, sentir que falta algo. El éxito, la estabilidad, la familia, los reconocimientos y los proyectos cumplidos pueden ser regalos valiosos; sin embargo, ninguno de ellos puede ocupar el lugar de Dios. El vacío más profundo del ser humano no se llena acumulando más, sino reconciliándose con su Creador. Quizá no necesitamos encontrar algo nuevo, sino encontrarnos con Alguien.

Entonces, ¿qué sentido tiene nuestra vida?

A la luz de la Biblia, su sentido no consiste en demostrar nuestro valor, construir una imagen perfecta ni evitar todo sufrimiento. Nuestra vida encuentra significado al conocer a Jesucristo, recibir de Él una identidad renovada y participar de su obra mediante el amor, el servicio, la obediencia y la esperanza. En Cristo, lo cotidiano se transforma en vocación; el dolor puede convertirse en testimonio; el descanso se vuelve confianza; y nuestros dones encuentran una dirección eterna.

No necesitamos comprenderlo todo para vivir con propósito. Necesitamos confiar en Aquel por quien fuimos creados:

"Todo fue creado por medio de él y para él" (Colosenses 1:16, Nueva Traducción Viviente, 2010).

Referencias
Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers.

CUANDO LO TIENES TODO Y TE FALTA ALGO



¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA?

Es una pregunta que, tarde o temprano, aparece en el corazón de muchas personas. No distingue edad, profesión, condición social ni nivel de éxito. Puede surgir en medio de una crisis, cuando las cosas no resultan como esperábamos, pero también puede aparecer cuando, aparentemente, todo marcha bien.

Vivimos en una sociedad que constantemente nos invita a buscar más: más estudios, un mejor trabajo, estabilidad económica, reconocimiento, una casa propia, viajes, proyectos cumplidos o una vida que, desde afuera, parezca completa. Muchas veces creemos que, al alcanzar esas metas, finalmente encontraremos la felicidad y la paz que tanto anhelamos.

Sin embargo, la realidad nos muestra algo distinto. No son pocas las personas que, habiendo conseguido aquello con lo que alguna vez soñaron, siguen experimentando un vacío difícil de explicar. Tienen éxito, poseen bienes materiales, disfrutan del cariño de su familia e incluso son admiradas por otros; pero, en lo más profundo del corazón, sienten que aún falta algo.

Ese vacío no siempre se puede describir con palabras. Es una sensación silenciosa que aparece cuando termina el día, cuando se apagan las distracciones o cuando la vida nos obliga a detenernos por un momento. Entonces surgen preguntas como: “¿Es esto todo?”, “¿Para qué estoy aquí?” o “¿Cuál es el verdadero propósito de mi existencia?”.

Lejos de ser una señal de debilidad, estas preguntas revelan una realidad profunda del ser humano. Fuimos creados con la necesidad de encontrar significado,

propósito y dirección. Nuestro corazón anhela algo que ninguna posesión, reconocimiento o logro puede ofrecer de manera permanente.





La Biblia declara: **"Sin embargo, Dios lo hizo todo hermoso para el momento apropiado. Él sembró la eternidad en el corazón humano, pero aun así el ser humano no puede comprender todo el alcance de lo que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin"** (Eclesiastés 3:11, Nueva Traducción Viviente, 2010). Esta verdad nos ayuda a comprender por qué, aun teniendo muchas cosas, el alma puede seguir buscando algo más profundo. Hay eternidad en nuestro corazón, y solo Dios puede responder plenamente a esa necesidad.

Fuimos creados por Dios y para Dios. Por eso, aunque intentemos llenar el corazón con éxitos, experiencias, relaciones o bienes materiales, siempre existirá un espacio que solo Él puede ocupar. Esto no significa que las metas personales, el trabajo, la familia o los sueños sean malos. Al contrario, pueden ser regalos que Dios permite disfrutar. El problema surge cuando esperamos que esas cosas satisfagan la necesidad más profunda de nuestra alma.

Tarde o temprano descubrimos que, por valiosas que sean, ninguna de ellas puede responder plenamente a las grandes preguntas de la vida. La realización humana no se encuentra solamente en alcanzar objetivos, sino en descubrir para quién y para qué fuimos creados.

La buena noticia es que Dios no nos dejó solos en esa búsqueda. Él mismo salió a nuestro encuentro por medio de Jesucristo.

Cuando una persona conoce verdaderamente a Jesús, comienza un cambio que va mucho más allá de una emoción pasajera o de una experiencia religiosa. Quizás las circunstancias externas no cambien de inmediato, pero cambia la manera de comprender la vida. La mirada deja de concentrarse únicamente en lo temporal y comienza a descubrir que existe un propósito eterno.

En Cristo descubrimos quiénes somos realmente. Dejamos de definir nuestro valor por el dinero que tenemos, por nuestros logros, por la opinión de los demás o por nuestros fracasos. Comprendemos que somos profundamente amados por Dios, creados a su imagen y llamados a vivir una vida con propósito.

La Escritura afirma acerca de Cristo: **"Todo fue creado por medio de él y para él"**



"Cuando Cristo ocupa el centro de la vida, todo adquiere un nuevo significado."

(Colosenses 1:16, Nueva Traducción Viviente, 2010). Esta declaración nos recuerda que nuestra vida no es un accidente ni una suma de circunstancias desconectadas. Existimos por voluntad de Dios, y encontramos nuestro verdadero sentido cuando vivimos en relación con Él.

Entonces, aquello que antes parecía una rutina sin sentido adquiere un nuevo significado. El trabajo deja de ser solo una obligación y se convierte en una oportunidad para servir. La familia pasa a ser un espacio donde reflejar el amor de Dios. Los talentos encuentran un propósito mayor, y aun las dificultades pueden transformarse en oportunidades para crecer, fortalecer la fe y desarrollar un carácter más parecido al de Cristo.

Jesús dijo: **"Mi propósito es darles una vida plena y abundante"** (Juan 10:10, Nueva Traducción Viviente, 2010). Esa vida abundante no consiste en acumular más bienes ni en evitar todos los problemas. Se trata de vivir cada día conectados con Aquel que da sentido a todas las cosas. Es una vida marcada por la esperanza, la paz, el perdón y la certeza de que Dios sigue guiando nuestros pasos, aun cuando el camino parezca incierto.

Quizás alguien esté leyendo estas líneas y, aunque ha alcanzado muchas metas, continúa sintiendo ese vacío interior que nada parece llenar. Tal vez ha buscado respuestas en nuevos proyectos, en el éxito profesional, en las relaciones o en distintas experiencias, pero la sensación permanece.



MANUEL HERNÁNDEZ
CAPITÁN
O. D. Cuerpo Calama Esmeralda y Colegio Catherine Booth
División Chile

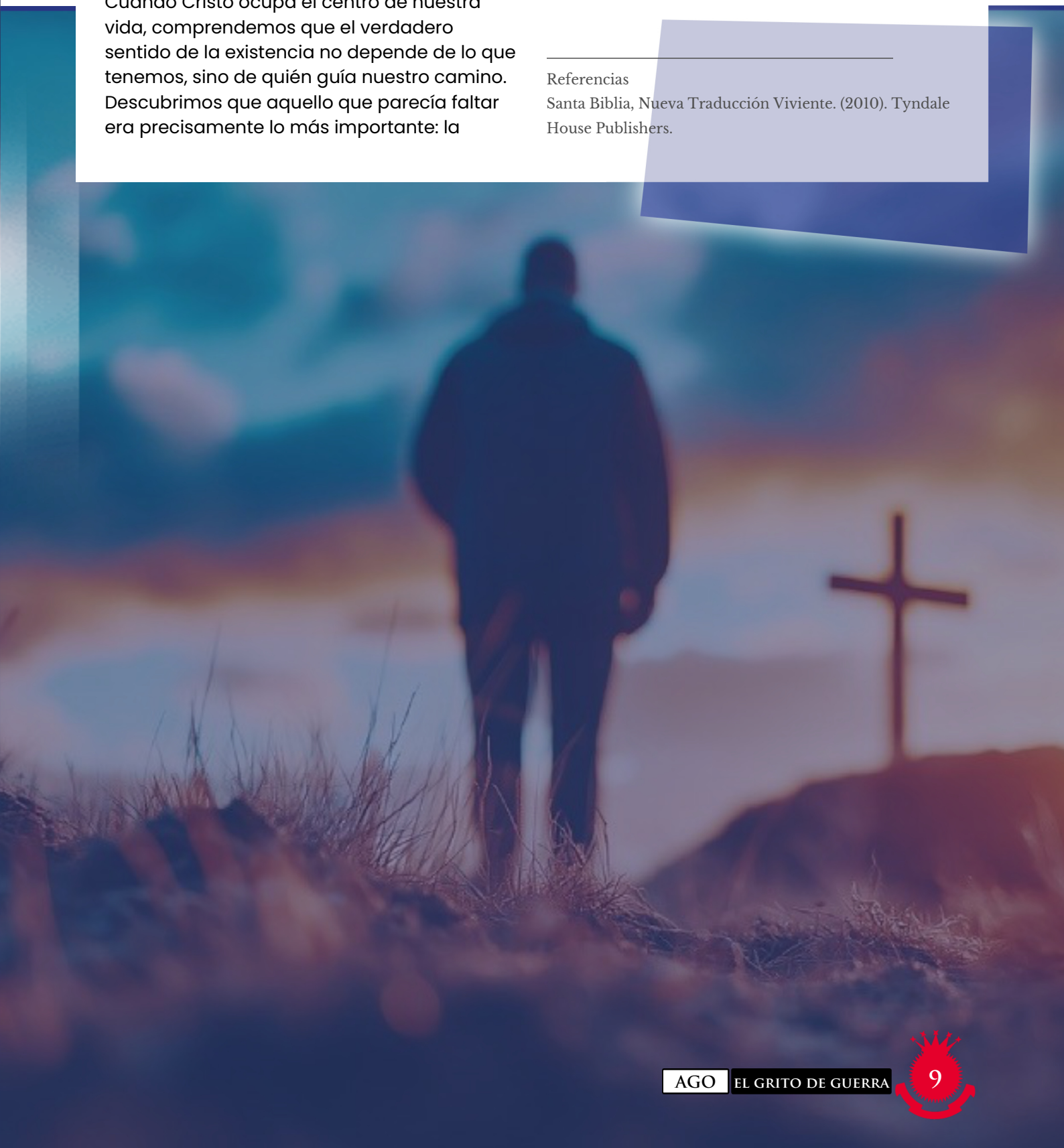
Si ese es tu caso, quizá la respuesta no esté en buscar algo más, sino en buscar a Alguien.

Porque lo que el corazón humano anhela más profundamente no es una nueva posesión, un nuevo logro ni una nueva experiencia. Es una relación viva con Jesucristo, quien ofrece perdón, esperanza, propósito y una nueva manera de vivir.

Cuando Cristo ocupa el centro de nuestra vida, comprendemos que el verdadero sentido de la existencia no depende de lo que tenemos, sino de quién guía nuestro camino. Descubrimos que aquello que parecía faltar era precisamente lo más importante: la presencia de Dios dando significado, dirección y esperanza a cada paso que damos.

Porque cuando Jesús habita en el corazón, lo ordinario adquiere un valor extraordinario, la incertidumbre encuentra propósito y el vacío deja lugar a una paz que permanece. Esa es la diferencia entre simplemente existir y vivir con el propósito para el cual fuimos creados.

Referencias
Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers.



EL CANSANCIO NO NOS DESCALIFICA

Volver a Cristo para ser renovados

¿Te sientes cansado en este momento? Cualquiera que sea tu respuesta, puedo decirte con sinceridad: yo sí. Y déjame añadir algo más: no somos los únicos. El cansancio forma parte de la experiencia humana. Lo viven los trabajadores, los estudiantes, los padres, los líderes, los servidores, los creyentes y también quienes aún no conocen a Cristo.

A veces pensamos que estar cansados es señal de debilidad, falta de fe o incapacidad para seguir adelante. Sin embargo, la Biblia nos muestra algo profundamente consolador: Jesús también conoció el cansancio. Al comienzo de su ministerio, después de enseñar, caminar, conversar con personas y ejercer su misión, el evangelio nos dice:

"Jesús, cansado por la larga caminata, se sentó junto al pozo cerca del mediodía" (Juan 4:6, Nueva Traducción Viviente, 2010).

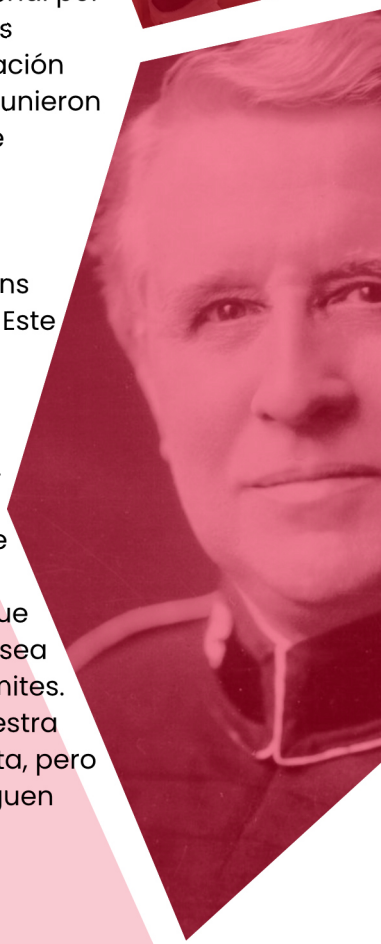
Ese detalle es importante. El Hijo de Dios, plenamente divino y plenamente humano, se sentó porque estaba cansado. Por eso, si hoy necesitas detenerte, respirar, sentarte con las pocas fuerzas que te quedan o reconocer que no puedes seguir al mismo ritmo, eso no te convierte en un fracaso. Simplemente confirma que eres humano y que necesitas cuidado, descanso y renovación.

El cansancio puede tener muchas causas. Puede aparecer después de una enfermedad, por exceso de trabajo, estrés emocional, falta de sueño, esfuerzo físico intenso, problemas metabólicos, dificultades personales o cargas espirituales acumuladas.

En algunos casos, desaparece con el descanso; en otros, permanece y afecta la concentración, el ánimo, la energía y la capacidad para cumplir tareas cotidianas. Cuando el cansancio es persistente, no debe ser ignorado. Es necesario buscar orientación médica, psicológica o profesional, según corresponda, porque Dios también puede obrar por medio de personas capacitadas para cuidar nuestra salud.



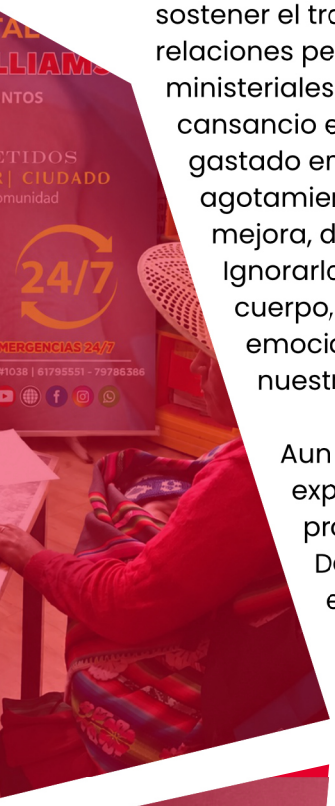
La historia del Ejército de Salvación también nos recuerda que el cansancio, la enfermedad y el desgaste pueden afectar incluso a grandes líderes. En 1929, el primer Alto Consejo del Ejército de Salvación se reunió para abordar la situación del General Bramwell Booth, quien llevaba meses ausente del Cuartel General Internacional por motivos de salud. Los registros históricos del Ejército de Salvación señalan que 63 oficiales se reunieron en Londres y concluyeron que Bramwell Booth no estaba en condiciones de continuar ejerciendo el cargo; posteriormente, Edward Higgins fue elegido como su sucesor. Este hecho marcó un cambio relevante en la forma de elección de los futuros Generales de la organización.



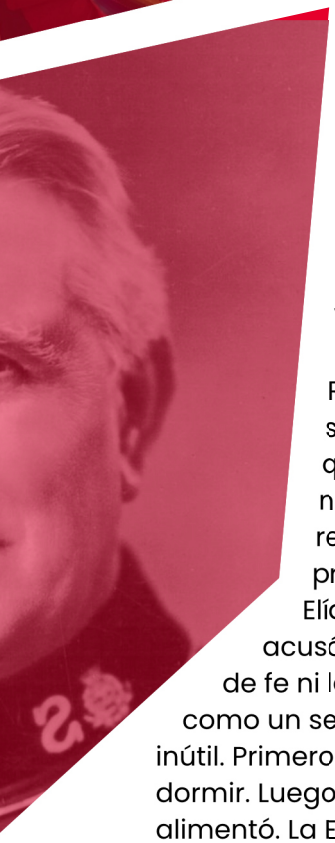
Este episodio no debe mirarse con juicio, sino con aprendizaje. Nadie, por alto que sea su cargo o profundo que sea su llamado, está exento de límites. El servicio a Dios no anula nuestra humanidad. La misión es santa, pero quienes la llevan adelante siguen

necesitando descanso, cuidado, apoyo y discernimiento.

Es normal sentirse cansado al intentar sostener el trabajo, los estudios, la familia, las relaciones personales, las responsabilidades ministeriales y las preocupaciones diarias. El cansancio es una señal de que hemos gastado energía. Pero cuando el agotamiento se vuelve constante y no mejora, debemos prestar atención. Ignorarlo puede afectar no solo nuestro cuerpo, sino también nuestras emociones, nuestras decisiones y nuestra vida espiritual.



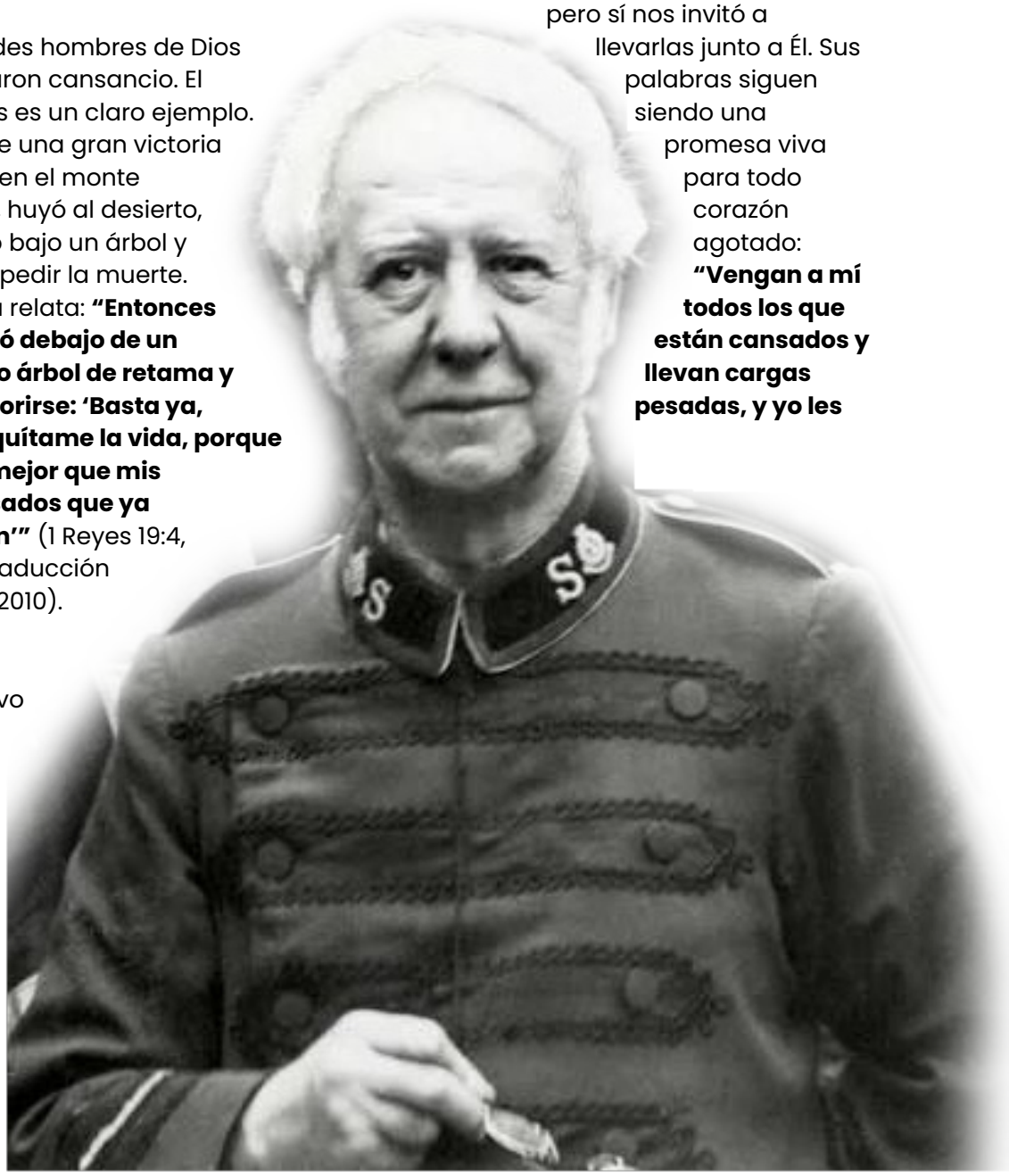
Aun los grandes hombres de Dios experimentaron cansancio. El profeta Elías es un claro ejemplo. Después de una gran victoria espiritual en el monte Carmelo, huyó al desierto, se sentó bajo un árbol y llegó a pedir la muerte. La Biblia relata: **"Entonces se sentó debajo de un solitario árbol de retama y pidió morirse: 'Basta ya, Señor; quítame la vida, porque no soy mejor que mis antepasados que ya murieron'"** (1 Reyes 19:4, Nueva Traducción Viviente, 2010).



Resulta significativo que Dios no reprendió primero a Elías. No lo acusó de falta de fe ni lo trató como un servidor inútil. Primero lo dejó dormir. Luego lo alimentó. La Escritura dice: **"¡Levántate y come!"** (1 Reyes 19:5, Nueva Traducción Viviente, 2010). Antes de darle nuevas instrucciones, Dios atendió su cuerpo cansado y su alma abatida.

La victoria no elimina automáticamente el cansancio. Podemos servir, predicar, ayudar, liderar, acompañar y aun así terminar agotados. Por eso, como soldados de Jesucristo, necesitamos reconocer nuestras limitaciones y no intentar servir siempre desde nuestras propias fuerzas. El problema no es cansarse; el verdadero peligro es alejarnos de la fuente de nuestra renovación.

Jesús no nos prometió una vida sin cargas, pero sí nos invitó a llevarlas junto a Él. Sus palabras siguen siendo una promesa viva para todo corazón agotado: **"Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les**





ABRAHÁN CANAVIRI BARRERA
CAPITÁN
Hospital Harry Williams
División Bolivia

daré descanso” (Mateo 11:28, Nueva Traducción Viviente, 2010).

Ese descanso no es solo dormir más, aunque dormir también sea necesario. Es descansar en Cristo, volver a su presencia, reconocer que no somos autosuficientes y permitir que Él restaure nuestras fuerzas. También implica pedir ayuda cuando corresponde, acudir a profesionales de la salud, ordenar nuestras prioridades y aprender a detenernos antes de quebrarnos.

El cansancio no descalifica a un soldado de Cristo, pero ignorarlo puede debilitar su vida, su familia y su ministerio. Dios no nos pide que nunca nos cansemos. Nos enseña a volver a Él para ser renovados.

El profeta Isaías lo expresa con profunda esperanza: **“Él da poder a los indefensos y fortaleza a los débiles. Hasta los jóvenes se debilitan y se cansan, y los hombres jóvenes caen exhaustos. En cambio, los que confían en el Señor encontrarán nuevas fuerzas; volarán alto, como con alas de águila. Correrán y no se cansarán; caminarán y no desmayarán”** (Isaías 40:29-31, Nueva Traducción Viviente, 2010).

Por eso, si hoy estás cansado, no lo escondas como si fuera vergüenza. Preséntalo delante del Señor. Busca ayuda si la necesitas. Descansa. Aliméntate. Ora. Permite que Dios renueve tu cuerpo, tu mente y tu espíritu.

Porque el cansancio no siempre se cura solo. Pero en Cristo, el alma cansada puede encontrar descanso, dirección y nuevas fuerzas para continuar.

Referencias

Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers.

The Salvation Army International. (s. f.). History. https://www.salvationarmy.org/history

The Salvation Army International Heritage Centre. (s. f.). Generals. The Salvation Army. https://www.salvationarmy.org.uk/about-us/international-heritage-centre/virtual-heritage-centre/people/generals



¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA? LA FE COMO BRÚJULA

"Pues vivimos por lo que creemos y no por lo que vemos". 2 Corintios 5:7, NTV

¿Alguna vez ha sentido que está caminando sin ver con claridad el camino? Hay momentos en la vida en que avanzamos con preguntas, dudas, temores y decisiones que no siempre parecen tener una respuesta inmediata. Quisiéramos ver todo el mapa antes de dar el primer paso, pero muchas veces Dios nos llama a caminar confiando en Él aun cuando no vemos el cuadro completo.

Caminar por fe es, en cierto sentido, como cruzar un puente que todavía no alcanzamos a distinguir. Damos el primer paso y pareciera que no hay nada bajo nuestros pies. La razón humana nos dice: "Espera hasta verlo todo claro antes de avanzar". Sin embargo, en el Reino de Dios, muchas veces el camino se revela mientras obedecemos.

El miedo suele decir: "Espera a ver".
La fe responde: "Camina, y verás".

La fe no es negar la realidad ni fingir que no existen dificultades. La fe es confiar en Dios en medio de ellas. Es reconocer que, aunque nuestros ojos no puedan ver todo, el Señor sí conoce el principio, el proceso y el final. Él ya sabía de nuestras inseguridades cuando puso sueños, llamados y propósitos en nuestro corazón.

Dios no solo provee lo que falta afuera; también despierta lo que ha depositado dentro de nosotros. Es normal sentir temor a equivocarse, pero cuando caminamos por fe, Dios sabe afirmar, corregir y enderezar nuestros pasos.





Él no entrega sueños para que queden guardados en un cajón. Dios bendice al que se mueve en obediencia, incluso cuando tiembla por dentro.

La Biblia nos recuerda que **"vivimos por lo que creemos y no por lo que vemos"** (2 Corintios 5:7, Nueva Traducción Viviente, 2010). Esto significa que no debemos guiarnos únicamente por las apariencias, las circunstancias presentes o

aquello que nuestros ojos físicos pueden comprobar. Vivir por fe es mirar más allá de lo inmediato y confiar en las promesas de Dios, incluso cuando todavía no se han manifestado plenamente.

Andar por fe es vivir a la luz de las realidades eternas antes que bajo la presión de las circunstancias momentáneas. Es obedecer a Dios aun cuando esa obediencia sea difícil. Es permanecer firmes cuando el camino parece incierto. Es creer que Dios sigue obrando, incluso en los silencios, en las demoras y en los procesos que no entendemos.

Generalmente, enfrentar lo desconocido produce ansiedad. Y es verdad: no hemos visto a Dios con nuestros ojos físicos. Sin embargo, por medio de la fe podemos reconocer su presencia, su dirección y su cuidado. La fe es confianza en Dios. Cuando decimos: "Tengo fe", en realidad estamos diciendo: "Confío en Dios".

Pero nadie puede confiar profundamente en alguien que no conoce. Y nadie puede conocer verdaderamente a alguien con quien no pasa tiempo. Por eso, la fe no se fortalece solo con palabras bonitas, sino con comunión. Se fortalece en la oración, en la Palabra, en la obediencia diaria y en la experiencia de caminar con Dios aun cuando no todo está resuelto.

Entonces, vale la pena preguntarnos: ¿qué lugar ocupa Dios en mi vida?
Vivimos corriendo como si el tiempo nunca alcanzara. Corremos detrás de sueños, logros, dinero, aceptación y reconocimiento. Pero ¿qué sucede si, en medio de esa carrera, olvidamos al único que puede darle verdadero propósito a todo?

Poner a Dios primero no es una frase bonita ni un cliché religioso. Es una necesidad espiritual. Es como ajustar una brújula antes de comenzar un viaje. Si Dios no está en el centro de nuestras decisiones, sueños, relaciones y prioridades, tarde o temprano todo pierde dirección.

Cuando colocamos a Dios en el centro, no solo le entregamos el control de nuestra vida; también le damos espacio para ordenar nuestros pasos, abrir puertas que no sabíamos que existían y cerrar caminos que podían alejarnos de su propósito.

La pregunta, entonces, es inevitable: ¿está Dios realmente en el primer lugar?

Si la respuesta no es un "sí" claro y sincero, tal vez es tiempo de revisar nuestras prioridades. Porque cuando Él ocupa el centro, todo lo demás encuentra su lugar.

Sin duda, hay días en que queremos renunciar. Días en que sentimos cansancio, frustración o incertidumbre. Días en que parece más fácil bajar los brazos que seguir avanzando. Pero rendirse no puede ser nuestra respuesta final.

Tenemos que continuar. Permanecer. Mantenernos firmes. Luchar por aquello que Dios nos confió y seguir caminando hacia la





Luchar por aquello que Dios nos confió

meta. A pesar de las tormentas, no dejemos de orar. Tal vez alguien diga: "No tengo ganas de orar". Entonces, aun así, doblemos nuestras rodillas, permanezcamos en silencio y permitamos que Dios haga su obra en lo profundo del corazón.

- No deje de tener fe.
- No deje de confiar.
- No deje de caminar.

Porque la fe sigue siendo la brújula que orienta nuestra vida cuando no vemos el camino completo. Y aunque nuestros ojos no lo vean todo, Dios sigue guiando cada paso.

Referencias

Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers



CRISTIAN GUARACHI
TENIENTE
O. D. Cuerpo Guayaquil
División Ecuador

EL MAPA SECRETO QUE DIOS TRAZÓ PARA MÍ

Cuando nos piden escribir acerca de nuestra experiencia en los caminos del Señor,

surgen muchas preguntas, dudas y hasta objeciones. ¿Qué podría decir yo que sea de utilidad para otra persona que está buscando respuestas para su vida? ¿Qué podría compartir con alguien que desea comprender la maravillosa experiencia del cuidado, la protección y la guía de Dios?

Esa invitación me hizo detenerme y mirar hacia atrás. ¡Había mucho que mirar! Comencé a revisar distintas etapas de mi vida: momentos en los que me sentí perdida, días de incertidumbre, decisiones importantes, algunas correctas, otras no tanto, y también elecciones que, con el tiempo, reconocí como equivocadas.

En su momento, muchas de esas experiencias no tenían sentido. Algunas incluso fueron dolorosas y angustiantes. Sin embargo, hoy, con la perspectiva que da el paso del tiempo, puedo reconocer algo asombroso: ninguna de esas piezas estaba suelta. Todo formaba parte de un diseño mayor. Dios estaba trazando un mapa que yo todavía no podía leer.

Quienes me conocen saben que podría decirse que soy una "hija del regimiento". Fui criada y educada en el Evangelio, nieta de abuelos misioneros —los brigadieres Salvany— e hija de un hombre de Dios que, aunque dejó su llamado a ser oficial, nunca dejó de servir fielmente en el cuerpo como Sargento Primero. ¡Qué tremendos ejemplos para mi vida!

Al mirar atrás, muchas veces me pregunté por qué mi historia había tomado una dirección y no otra. Con el tiempo tuve que reconocer que, en cada paso dado, incluso desde los primeros años, Dios estaba guiando, formando y preparando mi vida para su propósito eterno.

Hoy tengo el privilegio de colaborar realizando traducciones en el Cuartel General Territorial, poniendo en nuestro idioma materiales que edifican a otros y ayudan a compartir las verdades del mensaje de salvación y transformación. Al ver esto, puedo reconocer la mano de Dios preparándome desde el principio.

Cuando era joven, jamás imaginé que algún día me dedicaría a traducir. No lo pensé cuando mi abuelo hacía de traductor, permitiendo que pudiéramos entender lo que compartía alguna visita internacional. Tampoco lo imaginé cuando, sentada en las rodillas de mi padre, lo interrumpía mientras intentaba leer una revista en inglés, pidiéndole que me explicara por qué aquello que leía se veía tan distinto a lo que yo estaba aprendiendo en la escuela. Con paciencia, él me mostraba y me enseñaba.



Tampoco comprendí del todo el propósito cuando surgió la oportunidad de vivir un año en Estados Unidos y adquirir el dominio de otro idioma. En ese momento, solo lo veía como algo práctico, útil para el futuro. Pero Dios sabía mejor.

Nunca imaginé que el Señor estaba preparando mi vida para lo que hago hoy. Sin embargo, al observar la herencia recibida —un abuelo traductor, un padre que me enseñó lo básico y una tía reconocida por sus traducciones de libros— puedo ver cómo Dios usó cada una de esas influencias para formar mi mente, mi sensibilidad y mi servicio actual.

La Palabra de Dios declara: **"Te conocía aun antes de haberte formado en el vientre de tu madre; antes de que nacieras, te aparté y te nombré mi profeta a las naciones"** (Jeremías 1:5, Nueva Traducción Viviente, 2010).

Pensemos en eso por un momento. Antes de que nuestros padres supieran de nuestra existencia, el Creador del universo ya conocía nuestra vida. Nuestro nacimiento no fue un accidente; estuvo bajo la mirada amorosa y soberana de Dios.

Sin embargo, hay un detalle importante en esta historia: el plan de Dios no se vive de manera automática. Requiere nuestra disposición, nuestra obediencia y nuestra confianza. Dios tiene el propósito, pero nosotros debemos aprender a rendir nuestra voluntad delante de Él.

Cada circunstancia que llega a nuestra vida —sea una victoria luminosa o una crisis dolorosa— puede transformarse en una escuela de formación espiritual. Pero esa experiencia solo se convierte en preparación cuando permitimos que Dios trabaje en nosotros a través de ella.

Si le dejamos actuar, Él toma las traiciones, las pérdidas, los desiertos, los errores del pasado y aun las preguntas no resueltas, y los transforma en madurez, carácter, humildad y empatía. Todo aquello que parecía inútil puede convertirse, en sus manos, en una herramienta para cumplir nuestro llamado.

Si hoy estás viviendo una temporada que no entiendes, quiero recordarte algo: tu historia no está fuera de control. Estás en el taller del Maestro. No pelees contra el proceso; entrégate a Él. Puedes decirle con sinceridad: "Señor, no entiendo todo lo que está pasando, pero confío en tu diseño. Usa esta etapa para formarme".

Lo que hoy parece un callejón sin salida, mañana puede ser el testimonio que Dios use para bendecir a otros. Tu presente no es necesariamente tu destino final; muchas veces es solo parte de tu preparación.

Confía en el proceso. Confía en el Dios que conoce el camino completo. Él sigue trazando su propósito aun cuando nosotros apenas alcanzamos a ver una parte del mapa.

Referencias
Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers



M. ANGÉLICA SALVANY F.
TRADUCCIONES Y CORRESPONSAL DEL CÍRCULO DE LA AMISTAD
Cuartel General Territorial

¿QUÉ SENTIDO TIENE MI VIDA? TU HISTORIA AUN NO TERMINA

Caminar por la vida es una aventura maravillosa

Pero seamos honestos: no siempre el camino es plano ni el clima es perfecto. A todos nos ocurre que, de pronto, el ritmo cotidiano se vuelve acelerado y nos encontramos frente al cansancio, la incertidumbre o esa sensación inquietante de que las cosas no están saliendo como las habíamos planeado.

Entonces descubrimos que la vida adulta no era tan sencilla ni tan divertida como la imaginábamos cuando éramos niños. A veces llegan esas noches largas de insomnio, en las que pensamos demasiado y nos preguntamos: "¿Por qué a mí?" o "¿Qué sigue después?". Son días de desánimo, momentos en que la vida nos confronta con una pregunta profunda e inevitable: **¿qué sentido tiene mi vida?**

Evaluar nuestra existencia desde lo más íntimo nos lleva a comprender que la respuesta no está en competir ni en demostrar si valemos más o menos que los demás. Con el tiempo, he descubierto que el verdadero sentido de mi vida está en **servir y ser útil al prójimo.** No se trata de grandezas ni reconocimientos, sino de poner al servicio de otros lo poco o mucho que he aprendido en este transitar terrenal.

Por eso me llena el corazón pertenecer a un voluntariado odontológico. Me siento profundamente feliz de servir a través de mis estudios y de mi profesión, comprendiendo que Dios me la entregó como una herramienta viva para llevar alivio, cuidado y alegría a quienes lo necesitan.

Este es también el legado más valioso que deseo inculcar a mi querida hija: comprender que todos, en esta tierra, somos iguales delante de Dios. Desde el lugar en que nos encontremos, debemos mirar a cada persona con empatía, respeto y amor. Tender la mano y ayudar a alguien sin esperar nada a cambio no es una carga ni un sacrificio vacío; es una de las expresiones más puras de gratitud hacia Dios por todo lo que Él nos da.

El propósito de mi vivir también se construye en el hogar: en el anhelo diario de ser una buena madre, una buena hija, una mejor hermana y una amiga leal. Sin embargo, también sé que la vida puede sentirse injusta, desafiante y profundamente dolorosa.

En mi camino he experimentado distintos tipos de dolor, tanto físico como emocional, provocados incluso por personas en quienes confié. Son precisamente esos momentos difíciles los que nos ponen a prueba y nos enfrentan a decisiones profundas: ¿elegir el rencor o aprender a perdonar?, ¿buscar venganza o soltar?, ¿quedarnos atrapados en la herida o permitir que Dios comience a sanar?

Es allí, en medio de la tormenta, donde se hace presente el Espíritu de Dios, trayendo amor, consuelo y calma al corazón. Con el tiempo, una comienza a comprender que, aun en medio de procesos dolorosos, Dios también puede estar apartándonos de ciertos entornos, vínculos o situaciones porque tiene algo mejor preparado para nuestra vida.

Pero para que esa bendición pueda abrirse paso, necesitamos aprender a entregarle a Dios las cargas que nos pesan. Solo así comenzamos a experimentar una libertad real: una libertad donde la paz, el perdón y la claridad interior nos conducen hacia caminos de verdadera prosperidad espiritual.

La Palabra de Dios nos recuerda: **“Pues yo sé los planes que tengo para ustedes —dice el Señor—. Son planes para lo bueno y no para lo malo, para darles un futuro y una esperanza”** (Jeremías 29:11, Nueva Traducción Viviente, 2010).

Esta promesa no significa que nunca enfrentaremos dificultades, sino que nuestra vida está en manos de un Dios que conoce nuestro camino, nuestro dolor y también nuestro futuro. Él puede transformar nuestras heridas en aprendizaje, nuestras pérdidas en crecimiento y nuestras preguntas en una oportunidad para acercarnos más a su propósito.

Al final del día, cuando llega el atardecer y siento paz en el alma, comprendo que el sentido de la vida es simplemente amar, servir y dejarnos abrazar por Dios. Si logramos ser luz para otros, si nuestra presencia trae alivio, esperanza y amor, entonces nuestra vida habrá valido verdaderamente la pena.

Porque vivir con propósito no siempre significa hacer grandes cosas ante los ojos del mundo. A veces significa estar disponible, servir con amor, perdonar con valentía y caminar cada día confiando en que Dios sigue escribiendo una historia buena en nosotros.

Referencias

Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente. (2010). Tyndale House Publishers



KATHERIN M. VALENCIA CUSACANI

CIRUJANO DENTISTA | MAGÍSTER EN SALUD PÚBLICA

Residente I de la segunda especialidad en Ortodoncia y Ortopedia Maxilar

Perú

TU HISTORIA
AÚN NO TERMINA.
EL MEJOR CAPÍTULO
PUEDE COMENZAR HOY.

SANGRE Y FUEGO
EJERCITO DE SALVACION